



LA MELODÍA
DE DOGGERLAND

Alejandro Martínez

LA MELODÍA
DE DOGGERLAND



Primera edición: agosto de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Alejandro Martínez

ISBN: 978-84-18828-72-0

ISBN digital: 978-84-18828-73-7

Depósito legal: M-23125-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mí señora madre,
Ana Aleida Olivares*

CAPÍTULO 1

Escuchó que su hijo Daniel, quien dormía en un cuarto aledaño, hablaba como si estuviera ebrio. Ella se levantó de la cama y se dirigió hasta el cuarto de él. Vio que Daniel tenía una expresión de horror en el rostro, los ojos blancos, como si estuviera mirando hacia otro mundo. Su mamá al verlo así trató de despertarlo, moviendo la cabeza suavemente con una mano, pero era muy profundo el sueño que él tenía.

—Ya les dije que no soy de ese reino de Ermogow... ¡no soy ningún espía! —protestó Daniel desesperado, aún dormido.

—Hijo, despierta —pidió Ariana mientras le movía la cabeza, esta vez con un poco más de fuerza, pero Daniel no despertaba.

—Por favor... no me vayan a matar —suplicó Daniel.

En ese momento Daniel despertó, miró a su madre angustiado y con la respiración agitada.

—¿Qué pasó hijo, qué estabas soñando? —preguntó Ariana mirando a su hijo con temor.

Daniel no le respondió nada. Se levantó la camisa, dejando al descubierto el abdomen; se quedó pasmado,

perdido en sus pensamientos al descubrir en su vientre una extraña cicatriz.

—Pero... ¿qué es eso? —preguntó su madre al verla.

—¿En realidad me clavó esa lanza? —se preguntó Daniel a sí mismo.

Se volteó, levantó nuevamente la camisa y le pidió a su madre que le mirara la espalda.

—¡Oh, por dios! —exclamó ella—. Tienes una cicatriz muy parecida a la del estómago, ¿quién te hizo esto y cuándo? Si nunca has tenido un accidente tan grave...

—No lo sé, madre —respondió Daniel—. En mi sueño me enterraron una lanza...

—¿Pero acaso no era solo un sueño? —lo interrumpió Ariana—. ¿Qué clase de sueño es el que tuviste?

—Soñé que estaba en un extraño mundo, era parecido a una historia que creo haber leído... ¡oh, es cierto! —exclamó Daniel sorprendido—, todo eso lo leí en ese libro que estaba en el viejo baúl del abuelo.

Se levantó de la cama, buscó en uno de los cajones del *closet* y sacó un libro de aspecto muy antiguo.

—Este es el libro —indicó Daniel, lo abrió y empezó a pasar las páginas muy confundido. Pasaba muy rápido las hojas, con mucha ansiedad y preocupación. Su madre se acercó a él.

—¿Qué es ese libro tan extraño? ¿Qué idioma es ese? —preguntó Ariana.

—Este fue el libro que leí anoche, pero estaba escrito en español, no sé porque aparece escrito en otro idioma si yo mismo lo pude leer.

—Es imposible —aseguró Ariana— Tal vez leíste alguna parte del libro que sí estaba escrita en español.

—No, madre, yo hojeé todo el libro y todo estaba en español, y ahora no hay ni una sola página.

—Hijo, creo que tal vez también soñaste que leías ese libro.

Daniel la miró fijamente muy pensativo.

—No, madre, estoy seguro de que lo leí. —Miró la portada del libro—, ¡ya me acuerdo! Acá decía Doggerland, ese es el nombre del libro y acá abajo decía Alejandro Martínez.

Su madre le arrebató el libro.

—¿Estás seguro que acá decía Doggerland y Alejandro Martínez? Esto no son letras, parecen jeroglíficos —dijo Ariana—. Hijo, no sé qué es lo que ha ocurrido contigo, pero iremos hoy mismo al doctor; tienes una cicatriz que no sabemos cómo se produjo, quizá tengas una enfermedad en la piel, y también le hablaremos de tus problemas para poder dormir.

—Mamá, tengo que ir al colegio, no puedo faltar.

—No me importa, es más importante tu salud que un día de colegio.

—Está bien —respondió su hijo, inconforme.

—Trata de dormir, cariño, mientras amanece —dijo su madre y salió del cuarto.

—Está bien, madre, pero no quiero dormir —dijo Daniel.

Tomó nuevamente el libro de encima de la mesa, donde también estaban sus libros del colegio; lo abrió, pero

todo seguía igual, escrito en otro idioma. Sacó una lupa de un cajón y trató de descubrir alguna anomalía en las palabras del libro, pero todo se veía igual de confuso. Lo dejó en la mesa y se sentó en la silla para configurar uno de sus videojuegos. Trató de jugar como siempre lo hacía, pero no lograba concentrarse porque sus pensamientos volvían a ese extraño mundo en el que había estado.

Después de un par de horas Daniel y su madre caminaban por los pasillos del hospital central buscando el consultorio del doctor asignado; al entrar vieron a un sujeto calvo vestido con una camisa blanca y corbata azul, el cual les pidió que se sentaran y le contaran la situación.

El doctor, mientras escuchaba a la señora Ariana, trataba de evitar reírse, pero cuando vio la cicatriz de Daniel se puso muy serio. Se levantó de la silla, se acercó a Daniel para observar la cicatriz más de cerca y volvió nuevamente a sentarse.

—¿Dices que el joven nunca ha estado hospitalizado?

—Así es, doctor, él nunca ha tenido un accidente tan grave —respondió Ariana.

—No necesariamente tuvo que ser algo grave. Mi hipótesis es que tal vez un gato o algún compañero lo rasguñó, produciendo una alteración en la capa superficial de la piel. No encuentro otra explicación.

La señora Ariana se volteó a mirar Daniel

—¿Es verdad eso, hijo? ¿Por qué no me dices la verdad?

Daniel se quedó mirándola muy confundido sin saber qué decir

—¡Contéstame! ¿Es verdad o no lo que dice el doctor?

—Fue el gato —respondió Daniel

—Pero si no tenemos gato.

—El gato de la vecina —dijo Daniel rápidamente, queriendo irse ya de allí, ya que sabía que ese doctor no les iba a decir nada sobre su pesadilla. La señora Ariana salió muy enojada del hospital; Daniel se sentía un tanto avergonzado caminando detrás de ella y no hablaron hasta que llegaron a casa.

Esa misma tarde Daniel sintió la curiosidad de ver si podría volver a leer el extraño libro; al abrirlo quedó sorprendido, pues todo volvía a estar en español. Leyó durante un rato hasta que su mamá lo llamó a cenar; volvió a subir de la cena muerto de sueño, se puso el pijama, apagó la luz y se acostó en la cama. Escuchó que su madre se despedía deseándole buena noche.

—Chao, madre. Igualmente...

Daniel cerró los ojos y escuchó una hermosa melodía que parecía provenir de muy lejos, pues se escuchaba muy suave. La melodía empezó a tener más ritmo y a escucharse más fuerte, sintió que todo daba vueltas, como si hubiese un terremoto; pensó en levantarse de la cama, pero no tenía fuerzas suficientes y sus párpados parecían pesar ahora toneladas. Siguió escuchando esa melodía muy claramente a través de los oídos y se preguntó si acaso sería su madre, que habría encendido la radio. Nuevamente intentó levantarse, pero esta vez las fuerzas habían vuelto a su cuerpo y pudo abrir los ojos. Miro a todos lados, con los ojos muy abiertos.

—¡Otra vez estoy acá! —exclamó muy sorprendido. Estaba recostado sobre una enorme raíz de árbol, a su alrededor veía un bosque de árboles altos, de frondosas ramas de un verde oscuro sobre las cuales se movían pájaros de vivos colores. Había raíces que sobresalían y se enroscaban como serpientes gigantescas; sobre estas mismas raíces empezaron a asomarse algunos animales del bosque como zorros, conejos, ciervos y peces que se asomaban a la orilla de un pequeño arroyo de aguas cristalinas. Todos ellos miraban hacia el árbol donde estaba Daniel. Él se levantó, se dio media vuelta y vio sentada en una de las ramas del árbol a una bella mujer de cabello rojo canela, como las cortezas de los arrayanes, tenía unos ojos marrones brillantes y sobre su cabeza una corona de muchas hojas combinadas con flores blancas, las cuales estaban entrelazadas entre sus propias trenzas y tenía una trenza mayor, de la cual pendía sobre su frente una figura metálica circular que tenía relieves en forma de raíces de un árbol. Su vestido era de un color verde pálido el cual se confundía con la naturaleza que había a su alrededor. En las manos tenía una flauta de color dorado. La mujer miró a todos los animales y a Daniel, y empezó a tocar una bella melodía. Los animales miraban y escuchaban atentamente. Daniel parecía hipnotizado, le hacía erizar la piel. Después de unos minutos la mujer interrumpió su melodía y dijo una extraña palabra que hizo que todos los animales se fueron espantados. Ella bajó del árbol muy cuidadosamente y Daniel le ofreció su mano para ayudarla a bajar; ella se la aceptó con una sonrisa.

—Tenemos que escondernos, vienen caballeros de Lowarndor —advirtió la mujer, quien lo llevó agarrado de la mano hasta el interior del tronco del gigantesco árbol.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Mi nombre es Daniel, pero no sé qué hago acá, solo sé que estoy soñando.

—¿Estás en un sueño?

—La verdad, no estoy tan seguro de que sea un sueño.

—Déjame ver esa herida.

—¿La del estómago? —preguntó Daniel mientras se levantaba la camisa.

—Sí, esa. Ayer te encontré en el bosque, te saqué una lanza que tenías clavada en el estómago y te traje hasta aquí, donde te curé de esa herida.

—¿Tú me curaste?

—Así es, utilizó plantas medicinales que los humanos aún no conocen; con esas mismas plantas curó a los animales que vienen a mi árbol.

—Muchas gracias, fuiste muy bondadosa al traerme de donde me habían dejado esos caballeros. Pero dime una cosa, ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Aine, fui designada por mi dios, el señor Cronos, para proteger este árbol, el cual es el árbol del tiempo.

—¿El árbol del tiempo? ¿Por qué se llama así?

—Solamente las personas que son guiadas por mi dios Cronos saben de este árbol, solo ellos logran encontrarlo; son pocos los que vienen y la mayoría solo están autorizados para ver los errores que cometieron en el pasado.

—¿O sea, que yo fui autorizado para venir? —preguntó Daniel.

—No, Daniel, no sé por qué estás acá; el señor Cronos no me ha hablado de ti.

—Qué raro. ¿Qué estoy haciendo en este lugar? Yo estuve leyendo ese libro, decía que tú eras una simple leyenda en el reino de Ermogow.

—Así es, ellos no creen que yo exista, ni que exista un árbol del tiempo, ni siquiera los gnomos creen que yo exista.

—¿Los gnomos? También leí sobre ellos en el libro, ¿dónde viven?

—Muy cerca de acá, sus casas están entre...

Un ruido interrumpió su conversación; eran relinchos de caballo, pronto se escucharon voces de hombres que parecían reírse de chistes que venían contando.

La mujer y Daniel vieron a un grupo de hombres a caballo, llevaban armaduras de color rojo y la mayoría de ellos tenía dibujada sobre la armadura una figura de un zorro; a algunos se les veían las empuñaduras de las espadas en la cintura. Se detuvieron a la orilla del pequeño arroyo y contemplaron asombrados el majestuoso árbol que tenían enfrente.

—Pero qué árbol tan viejo —dijo uno de ellos.

—¿Cuánta leña crees que podrían sacar de ahí? —preguntó otro de los caballeros.

—Yo creo que la suficiente para asar a todos los animales de este bosque —dijo un caballero joven y gordo que iba a pie.

—Tú siempre pensando en comida, Pebin, ya llevas un mes sin montar a caballo y nada que dejas tu gordura, ¿qué va a pensar lord Bodgan? Probablemente estará pensando que su pobre caballo ya está mejor de salud.

Todos rieron a carcajadas.

—Seguro que, si lo aserramos, debajo podríamos encontrar una mina de oro —aseveró un caballero de cabello rubio y ojos vivos que venía montado sobre un caballo gris.

—Lord Álfer, debajo de ese árbol tan grande dudo que haya algo aparte de raíces —respondió un anciano calvo que no llevaba armaduras como los demás caballeros, aunque sí una espada de corta longitud, la cual trataba de ocultar con un manto; iba vestido con una túnica roja ceñida a su cintura con un cordón.

—No hay que ser pesimistas —respondió otro caballero de mirada dura que tenía en su pecho, sobre la armadura, la figura de un martillo blanco —. Durante mi niñez trabajé como leñador y te puedo asegurar que hay árboles que no son lo que parecen.

El caballero bajó de su caballo y caminó hacia el árbol.

—Si es la voluntad de Weland, encontraremos oro donde nosotros queramos —dijo el caballero mientras su caballo bebía agua del arroyo.

Los demás también se acercaron en sus caballos para que bebieran. El anciano de la túnica roja se agachó a la orilla del arroyo donde tomó algunas piedras, las cuales, después de observarlas minuciosamente, tiraba al agua con decepción.

—Debemos encontrar las minas de los gnomos, lord Wíglaf —dijo el anciano incorporándose y mirando al caballero con seriedad.

—A eso hemos venido, maestre Wúlf —respondió el caballero con una mirada desafiante. Volvieron a montar en sus caballos y continuaron con su camino.